

## La Lengua Castellana en América

*Discurso de estilo de Moisés Vincenzi, al ser incorporado en la Academia Nacional de la Lengua en San José, Costa Rica*

UN idioma es una cultura; y una cultura la visión poliforme de la naturaleza y del hombre, por el hombre mismo. La lengua es, por tanto, el resumen de lo particular y lo general, visto por el alma humana en sus más agudos términos. Lo particular y lo general de forma y fondo dentro de la ciencia, el arte y la filosofía. Cada pueblo la construye de acuerdo con el nacimiento de estas disciplinas, en lo que tienen de conducta, en todas las esferas sociales. Es, por esto, la lengua, un derivado de la vida íntima de cada uno y de todos los componentes de un pueblo. Es la vida reflejada en formas expresas; una imagen del flujo vital; y, además, ella misma, un organismo vital. Si no hubiera existido más que un pueblo movido dentro de un espacio homogéneo, no existiría más que un idioma, es decir una forma de la vitalidad humana.

Una misma lengua extendida a escenarios diferentes —la de Castilla en América, por ejemplo— equivale a una cultura desbordada de un pueblo a otros. Estos no podrán modificarla esencialmente, en tanto no puedan mejorar su ciencia, su arte, su filosofía, su conducta. ¿Han sido, nuestros países, capaces de superar a España? Ciertamente que la lengua castellana ha adquirido coloraciones nuevas en América. El simple traslado de un sitio cambia las coordenadas de un cuerpo y lo altera de algún modo. Pero hemos de conservar nuestra lengua, dentro de la re-

lativa pureza en que nos sea posible, porque representa la heredad de un pueblo bravío, sabio y hondo en manifestaciones espirituales.

El castellano de América tiene de España el amor a la libertad. Por eso las pequeñas naciones que hablan ese idioma, la conservan con bravura, no por su fuerza militar: por la raíz española de su espíritu; por su individualismo heroico; por su energía cristiana. La herencia étnica del Cid satura el alma de nuestros países y los hace inexpugnables para la esclavitud. La mezcla del indio y del español ha dado un tipo nuevo de hombre en que se organiza la cultura de Europa, la Europa Ibérica, sobre el sentido emocional de México y del Perú precolombinos. Hablamos la lengua castellana con propiedad, porque somos castellanos; y la matizamos de una nueva ternura, porque el indio que hay en nosotros la ha alumbrado con los misterios del azteca, del maya, del inca...

La cultura —máxima conquista del hombre— reflejada en el idioma, cuando ha cumplido un ciclo en su destino, no se vulnera con las armas: se impone al bárbaro que ocupa su tierra, lo asimila, lo absorbe, lo devora finalmente. Grecia domada por Roma lo confirma saturando al Imperio de su filosofía, de su arte, de su ciencia, de sus ideales supremos. De haber tenido los moros una lengua más sólida que la castellana, la hablaríamos, en estos instantes, en

América: nada pudieron las armas del Africa contra el alma ibérica. Es que la cultura imbibida en las palabras es más fuerte que el hierro.

Todo esto nos invita a plantear los problemas idiomáticos desde un punto de vista superior y no sólo desde el otro, el de la forma, en que parecen haber hecho círculo vicioso a través de las épocas, quienes ignoran que la palabra es algo más que el simple fonema que la corporiza.

El estudio organizado de un idioma debe partir de la vida misma de su pueblo, de su carácter, de su religión o sus religiones, de su arte, de su filosofía o sus filosofías, de su conducta integral.

El aspecto primario del lenguaje reside en los problemas del arte, que es sensación, que es intuición, pasión, sentimiento y emotividad. Los problemas del arte idiomático son formulados por el amor al estilo, al orden, al equilibrio unas veces; por el apego a lo inefable en lo correspondiente al genio de los pueblos, en otras oportunidades; por el simple arreglo de las formas, en todos los casos. Por esto la gramática analizada con frialdad científica es incapaz, por sí sola, de apresar el espíritu de la palabra. El espíritu artístico de España está representado por la épica, la lírica y la mística. La sonoridad de nuestra lengua es épica; su suavidad y dulzura, líricas; su filosofía, con un extremo realista, particularista, en el genio picaresco del español; y el otro, celeste, aéreo, sublime, en lo relativo a su genio místico. La cultura encarnada en nuestra lengua es, por consiguiente, un complejo de extremos y de términos medios compensados: lo real y lo ideal abrasados en una sola llama. De aquí la victoria del Manco

de Lepanto; la fortuna de haberlo expresado, en lenguaje inmortal, por boca de Don Quijote y su picaresco escudero. De aquí la reciedumbre y sonoridad de nuestras voces; y la flexibilidad de nuestra sintaxis.

Existe un vórtice que arrebató los elementos artísticos del idioma: el que denominan, con una frase vaga pero sugerente, «el genio de la lengua». El genio de una lengua es el conjunto de un conglomerado de motivos, de índole racial, temporal y geográfica. A tal raza, a tal época, a tal comarca, conviene un genio propio del lenguaje. La abundancia —parte del genio castellano— es hija del origen múltiple de la gran Península; de su historia, retorcida y múltiple; de su tierra, rica en montañas, en valles, en costas, en climas... A este hombre ibérico, organizado en todos los colores de un rayo de luz, pertenece el sentido de la elocuencia; y como fondo que refrena la viveza del verbo, como antítesis, la sobriedad. La frase caudalosa de algunos de nuestros clásicos, primero; la recogida de otros de ellos, después. Cervantes, tan transparente como torrencial, por un lado; Gracián, tan comprimido como sustancioso, por el otro, en los tiempos antiguos. El puntilloso y explicativo Unamuno, frente al ingenio perfumado y relamido de Valle Inclán, en los actuales. Y en todas las épocas, el realismo de los Quevedos, la dulzura de los Manriques y el arrobo de las Teresas. Sin esta multiplicidad de orígenes, no podría existir la misma en propósitos; sin ella la lengua castellana no podría adaptarse a las exigencias de un decurso tan premioso y tan vasto. Por eso es grande nuestra lengua; por eso se adapta a todas las ideas, a todos los

sentimientos, a todos los géneros, a todas las veleidades o cambios de frente de la vida. Porque en ella se puede sentir y pensar cualquier problema de la existencia; porque es un ancho cauce por cuyo fondo pueden resbalar todos los flujos de la filosofía, del arte y de la historia.

La claridad es propia del genio de la lengua francesa, así como la exactitud lógica, del idioma latino. Pero es que el francés es más severo que el castellano, menos abundante en palabras. Y la claridad de sus estilos literarios no es hija, en toda su extensión, del ingenio de sus grandes escritores: se debe al ingenio de Francia en su mayor parte. La presión latina obligó a los literatos romanos a expresarse en formas condensadas. Caso semejante al de Francia. En cambio, nuestro idioma exige más personalidad del artista que lo habla o lo escribe; con él se puede ser niagarado como Castelar o retenido como Gracián; brillante y discursivo aunque claro como Rodó; y fino y afrancesado como Varona; retorcido como Martí y abrupto como Sarmiento; arcaico como Montalvo y moderno como Darío. No hay estilo que no pueda ser conquistado en lengua castellana; ni disciplina que no se sienta a sus anchas en ella.

Se dice que la sensibilidad poética es ajena a la literatura española. La América indoespañola es rica en todos los deliquios de lo sensible. Nuestros poetas han sustraído del indio la ternura. Tal es el gran aporte artístico de este hemisferio a la Península: su sensibilidad. Pero, en el fondo, ¿no hay un arte sensible en España? Los grandes místicos de la Península, ¿no tenían una sensibilidad mayúscula, aledaña al éxtasis

o inmersa en él? ¿O es que la sensibilidad a que se refieren los críticos, sólo se mide en líneas cortas? ¿No existe una poesía en prosa, un sonreír y un llorar en prosa viva, llena de ternura y de lágrimas? El pueblo español ha vivido el desarrollo entero de la cultura humana: no existe nada que no haya experimentado en su miseria y en su grandeza. Y así se explica que su lengua sea de las más densas del mundo, de las más flexibles y múltiples, sin contar con las zonas experimentales a que la ha sometido la historia en tierras de América.

Una lengua recluída en el breve espacio de unas cuantas mesetas y unas pocas montañas, no alcanza la categoría de una plena cultura. Y en el bosque de la castellana no se pone el sol. Nuestro hemisferio la magnifica con diez y nueve banderas. Es enorme el aporte de palabras americanas injertas en ella: lo mejor de la mina fonética del indio acrece su sangre; nuestra geografía la dilata en la nominación de nuevos objetos, de inéditos sentimientos, de ideas frescas, de imponderables ritmos. A esta levadura americana resplandeciente en Bolívar, académica en Bello, generosa y noble en Martí, exquisita en Darío, torrencial en Chocano, augusta en Lugones y en Valencia, pensadora en Varona y en Vasconcelos, erudita en Henríquez Ureña y batalladora en todos, se debe el último trazo de inmortalidad cultural del idioma castellano. Los conquistadores del siglo XVI, exaltados por la audaz pluma de Blanco Fombona, colonizaron, al par de tierras considerables, para España, un mundo anímico en que impera el Manco sublime. No hay dos lenguas más que puedan disputarle su pasa-

do legendario, su presente imperial y su futuro pleno de grandeza inequívoca. Lengua del arte, de la ciencia, del pensamiento; pero, además, del valor, del trabajo, de la fe en la inacabable victoria de la raza.

Cuidarla es el máximo de los deberes y el más honroso y satisfactorio de los honores. Y el Profesor Don Napoleón Quesada trabajó por ella, desde su concepción del Silaba-

rio en que aprendí a leer, hasta la de sus Lecciones de Gramática; desde el verso clásico, hasta la prosa moderna en que se expresó con soltura, con claridad y con amor. No veo modo de sustituirlo sin pena, entre este ilustre conjunto de hombres de letras, a cuya benevolencia debo el feliz ingreso, para mí, a la Academia de la Lengua Castellana en Costa Rica.



## Ahuachapán

AHUACHAPAN, en la República de El Salvador, en el riñón del istmo centroamericano, es una ciudad de ensueño como pintada en un paisaje. En sus horizontes juegan todos los colores, como si el sol se complaciese en hacer idilios con un prisma. El sereno perfil de las sierras, en majestuoso hemicírculo, hacia su rumbo Sur hace emerger el capricho de sus gibas entre verdes intensos y desfallecidos. Son las cumbres de Ataco y Apaneca, como pegadas al zafiro intenso de esos cielos imposibles.

La ciudad es de calles rectas, sin esas encrucijadas caprichosas y antiestéticas de otras partes. Sus casas son de construcción antigua, de estatura baja y moderada ornamentación. No se ven todavía los pomposos edificios de pisos superpuestos, ni las rúas modernizadas por el asfalto, ni los tumultos de tráfico de las urbes. Ahuachapán es ciudad quieta, silenciosa, como adormecida.

Por las noches, desde primeras horas, gran serenidad, y gran reposo invade a la pequeña población y en los hogares, las familias, gozan de verdadero calor de nido. La gente de Ahuachapán en términos generales, es culta y buena. Es muy probable que, como especímenes raros, como bichos de fauna nociva, también se encuentren algunos hongos venenosos, pero ellos no hacen la regla. Se pueden contar con los dedos de la mano; de tal manera son escasos.

La zona en que está ubicada es dueña de clima que se disfruta con deleite. En los meses calurosos del verano bajan, de las cercanas serranías, brisas satisfactorias y el ardor de los mediodías se atempera. La estación lluviosa es de fiesta en sus tierras aledañas. El hombre fuerte de los campos, columna vigorosa de la economía nacional, empuña sus instrumentos de labranza y provoca sus engendros con la madre común. Más tarde el verde de las espigas triunfa en planicies y laderas y en seguida llega el premio en las óptimas cosechas.

Ahuachapán tiene paseos cercanos que son en realidad encantadores. Está su Llano del Espino, donde antes se escribieron muchas páginas históricas. Es planicie de gran extensión, sin árboles, alfombrada la grama. Toda alma exquisita, de fina sensibilidad, habrá de emocionarse ante su paisaje. Leves ondulaciones de la tierra le hacen dar la ilusión de mar inmóvil y el sol, en los largos crepúsculos, como que se desmayara en sus horizontes.